

CRISTINA ALÓS GANADERA

Cristina Alós Domínguez tiene 30 años y es de un pueblo pequeño llamado El Poyo del Cid, perteneciente al municipio de Calamocha (Comarca del Jiloca).

Desde los 15 años tuvo claro que quería estudiar Educación Social. Le gustaba mucho poder ayudar a los demás.

Cuando acabó el bachiller se fue a Valencia a estudiar el grado de Educación Social. Fueron cuatro años en los que aprendió muchísimo y en los que le encantaba lo que estaba haciendo.

Pero estando en Valencia le faltaba algo, y era su pueblo. Todos fines de semana que podía se escapaba al Poyo.

Cuando acabó la carrera en el 2013 se fue al pueblo con la ilusión de poder tener trabajo de educadora social, pero no había nada cerca. Si quería vivir de ello tenía que volver a marcharme a una ciudad.

Estuvo un par de años buscando trabajo de educadora social y mientras trabajó de niñera. Tras ello le salió un trabajo en una fábrica de loncheado de jamón, y estando allí le llamaron para trabajar en un piso tutelado de menores en Teruel.

Cuando regresó al pueblo en 2013 conoció a su pareja, aunque lo correcto sería decir que empezó a salir con él, porque ya se conocían desde pequeños.

Alberto siempre ha sido agricultor. Es su mayor pasión, y en todo lo que hace pone su corazón, sus ganas y su constancia para que salga bien. En su casa siempre ha habido ovejas. Primero su abuelo y luego su padre.

En 2017, viendo que no encontraba trabajo de educadora social, y que donde estaba no era a lo que aspiraba, Alberto le propuso que se quedara con las ovejas de su padre, ya que este se jubilaba en 2018.

Tras mucho insistir, al final aceptó con más miedo que nunca, ya que no sabía qué comía una oveja, ni idea de cómo criar corderos, y mucho menos ayudar a nacer un cordero.

En abril del 2018 comenzó su aventura. No tenía ni idea dónde se metía y estaba casi segura que no podría con ello. Los comienzos fueron duros porque le daba miedo coger una oveja, apuro meterle la mano para ayudarla a parir y si se moría un cordero se pegaba días llorando. Santiago (el padre de Alberto) tuvo mucha paciencia y todo que él sabía se lo enseñaba.

A día de hoy ella no sabría vivir sin sus ovejas. Le encanta ir todos días a la paridera. Y las temporadas de parición son cuando más trabajo tienen, pero son cuando mejor se lo pasa, llegar por la mañana y tener 10 ovejas paridas, llevarlas cada una a su jaula con sus corderos, curar a estos, echarles de comer... y cuando se da la vuelta, otras tantas paridas y volver a lo mismo. Son días de muchísimo trabajo, días en los que sabes a qué hora se entra pero no a la que se sale, pero no los cambia por nada.

Muchas veces cuando dice que soy ganadera de ovino y tengo 900 ovejas, hay gente que no se lo cree, que te miran y te dicen “claro como el marido es agricultor, pues él es el que va al ganado, ella sólo se ha incorporado por la subvención”.

Al principio le dolía mucho que opinasen así, porque le ha costado mucho esfuerzo llegar a donde está hoy, pero ahora mismo no le importa en absoluto lo que opinen o digan.

Tras estar estos años en el sector primario, ve que hoy en día aún es un sector en el que hay pocas mujeres. Ella cree que está mal visto que una mujer se dedique a la agricultura o la ganadería, cuando desde siempre nuestras abuelas y bisabuelas han estado detrás de cualquier explotación familiar con animales. Es un oficio que se asocia más a hombres, y las mujeres que están dentro de él luchan porque se les vea y se les trate igual.

No es un trabajo fácil, ya que se tratan de animales y tienes que ir todos días a echarles de comer y que todo esté en orden. Es un oficio en el que hay que tener mucha constancia, ya que si no están pariendo, igual es época de recoger alimento para todo el año. Pero todo su esfuerzo tiene su recompensa, y para ella es el trabajo más gratificante que ha encontrado nunca